

**EL
SINTONIZADOR**

JOSÉ LUIS ORDÓÑEZ

EL
SINTONIZADOR



algaida



Diseño de cubierta: José Luis Paniagua
Fotografía del autor: Candela Clauss

Primera edición: 2022

© José Luis Ordóñez, 2022
© Algaida Editores, 2022
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es



ISBN: 978-84-9189-699-9
Depósito legal: SE. 2157-2021
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	17
CAPÍTULO 1. Madrid, 1837.....	28
CAPÍTULO 2. Cosas de familia.....	37
CAPÍTULO 3. Tormenta.....	45
CAPÍTULO 4. Visita nocturna.....	48
CAPÍTULO 5. El Duque.....	51
CAPÍTULO 6. Escapar.....	58
CAPÍTULO 7. Maravillosa sorpresa.....	61
CAPÍTULO 8. Magia y debilidad.....	70
CAPÍTULO 9. La casa del fin del mundo....	74
CAPÍTULO 10. Nueva vida.....	81
CAPÍTULO 11. La radio de los abuelos....	84
CAPÍTULO 12. De Valladolid a Madrid....	96
CAPÍTULO 13. <i>Lo otro</i>	104
CAPÍTULO 14. El sintonizador.....	107
CAPÍTULO 15. Un trago y unos versos....	119
CAPÍTULO 16. La primera novela.....	123
CAPÍTULO 17. Un mundo sin secretos....	128

CAPÍTULO 18. Planes.	134
CAPÍTULO 19. Una demostración empírica	139
CAPÍTULO 20. La primera grabación	143
CAPÍTULO 21. Anzuelo	145
CAPÍTULO 22. La segunda grabación	149
CAPÍTULO 23. Palabras y muerte	154
CAPÍTULO 24. Soledad	156
CAPÍTULO 25. La número 50	159
CAPÍTULO 26. La tercera grabación	166
CAPÍTULO 27. Zorrilla y Larra	170
CAPÍTULO 28. Miedo.	174
CAPÍTULO 29. Recuerdos de otra vida	178
CAPÍTULO 30. Carla.	182
CAPÍTULO 31. Caos reina	187
CAPÍTULO 32. Ojos muertos	194
CAPÍTULO 33. El día del accidente.	201
CAPÍTULO 34. Sintonizando (1)	206
CAPÍTULO 35. «V» de victoria	210
CAPÍTULO 36. Sintonizando (2)	213
CAPÍTULO 37. Intermedio.	217
CAPÍTULO 38. Sintonizando (3)	219
CAPÍTULO 39. Accidentes	227
CAPÍTULO 40. Nueva vida.	234
CAPÍTULO 41. Juego mortal	237
CAPÍTULO 42. Sorpresa.	241
CAPÍTULO 43. Calor residual	245

CAPÍTULO 44. Pesadilla	249
CAPÍTULO 45. Rencor	254
CAPÍTULO 46. Magallanes	256
CAPÍTULO 47. La carta	265
CAPÍTULO 48. Lejana fantasía	269
CAPÍTULO 49. El viaje imposible	273
CAPÍTULO 50. El perdón	276
CAPÍTULO 51. Punto y final	282
CAPÍTULO 52. La despedida	285
CAPÍTULO 53. El último de una estirpe . . .	294
EPÍLOGO	303

A Sandra. Siempre

*A mi tío Luis.
Todos echamos de menos
tus viajes en el tiempo, vaquero*

—Y sin embargo —añadió Pencroff, que mostraba cierta dificultad en resignarse—, el mundo es bastante sabio. ¡Qué gran libro podría hacerse, señor Ciro, con lo que se sabe!

—Otro mucho mayor todavía se haría con lo que se ignora —repuso Ciro Smith.

La isla misteriosa, JULES VERNE

CORRE EL AÑO 1837. EN EL FUNERAL DEL ESCRITOR Mariano José de Larra aparece un joven vallisoletano, recién llegado a Madrid y desconocido en los círculos literarios, que lee un breve poema como homenaje y recordatorio a Larra. A su conclusión, sale del cementerio entre vítores y con la enhorabuena de los asistentes. Desde ese momento, su fama y prestigio se acrecientan hasta terminar convirtiéndose en uno de los escritores más reconocidos del siglo XIX. Su nombre es José Zorrilla.

PRÓLOGO

E*RES EL ÚLTIMO DE UNA ESTIRPE.*
Jaime Carrillo estaba cansado aquella mañana. No había hecho nada fuera de lo común y, sin embargo, le costaba encontrar el aire que, aunque se tornaba escurridizo, pretendía llevarse a los pulmones. Le gustaba mantener las buenas costumbres, y aquella lo había sido desde el día de su nacimiento.

Pero ya tenía una edad, se dijo.

También cruzó por su mente la idea de la cercana jubilación: se encontraba a la vuelta de la esquina y eso tal vez justificaba lo resbaladizo que a veces se volvía el oxígeno. Maquilló aquello recordando que pronto se dedicaría a las cosas que siempre le habían gustado, a todo lo que los años y el trabajo habían marginado en un rincón de su mente hasta quedar tan olvidado como una moneda de dos céntimos en la cartera.

Porque Carrillo quería viajar.

Eso sí lo recordaba.

Siempre se había emocionado con la idea de salir del país en dirección a un destino lejano e ignoto, tal vez leído en alguna novela o visto en televisión, o plantar con los ojos cerrados el dedo en un mapa del mundo e ir al destino señalado: quizá Flagstaff, en el lejano estado norteamericano de Arizona; quizá Bournemouth, en el más cercano sur de Inglaterra; quizá, incluso, algún pueblo perdido de España. Después de todo, llevaba casi treinta años trabajando sobre aquel peñasco norteño donde se asentaba la lujosa y amplia casa de dos plantas, que ahora incluía un montacargas hidráulico, y ofrecía unas vistas sublimes e inspiradoras hacia el mar Cantábrico, inmune a los pronósticos sombríos de sequía, porque la lluvia y la niebla seguían siendo allí tan naturales como las olas de calor en el resto de la península. Un amanecer en el que esa lluvia o esa niebla no ocultasen las bondades del hermoso paisaje de campos verdes que desembocaban en montañas hacia un lado, y la inmensidad del Cantábrico hacia el otro, hubiera sido un amanecer anómalo, extraño, que le habría hecho comprobar la cercanía del temido cambio climático también a aquel risco de la costa.

Pero aún no era así.

Y por eso, cuando aquel día salió de casa después de desayunar, sintió el golpe de frío y humedad.

Lo habitual.

Era invierno y aunque el sol debía estar en algún lado del cielo, la capa gris casi negra que había en su lugar y la niebla densa impedían intuir siquiera por qué lado

se encontraba, y por mucho que Carrillo mirase hacia el este, no apreciaba una miserable luminosidad que sugiriese su fantasmagórica presencia.

Al abrir la puerta de entrada a la casa también salieron Han y Leia, los dos perros de su jefe.

¿Jefe?

Eso era una manera *moderna* de dirigirse a él. Siempre le había dado el tratamiento de «señor», «Duque», «señor Duque»... incluso últimamente «señor Rivas», aunque él mismo insistiera para que le llamase Ricardo (nada de «don Ricardo», por supuesto), pero a Carrillo eso le parecía demasiado: ¿qué hubieran pensado sus padres de que llamara al señor de la casa por su nombre, con esa confianza tan familiar y carente del respeto que le habían inculcado desde pequeño? Si bien el paso del tiempo dejaba obsoletos algunos aspectos relacionados con su oficio, aún le parecía inapropiado aquel tipo de tratamiento.

Después de todo no eran amigos.

O, al menos, no amigos en el sentido clásico de la palabra. Por supuesto que habían desarrollado una amistad a lo largo de tantos años juntos, pero era una cocida a fuego lento, desgajada de las pequeñas hendiduras que dejaba libres el trabajo diario, una labor que ahora se repartía con Luisa Pereira, la auxiliar que atendía y ayudaba al Duque por las mañanas desde que había tenido el accidente, y Moncho Ballester, el fisioterapeuta que acudía para activar los músculos de alguien que no se dedicaba a ejercitarlos.

—Buenos días, Jaime —dijo Luisa, que acababa de llegar y aparcar el coche en el espacio acotado por las vallas de madera.

Carrillo, que también contemplaba cómo Leia y Han correteaban por el césped húmedo hasta llegar a los mismos límites del terreno cercado, devolvió el saludo.

—Otro día de sol —comentó él.

—Otro. Unos afortunados —exclamó Luisa, y dibujó una sonrisa—. ¡Eso es lo que somos!

—Lo malo son los turistas —continuó Carrillo—. Este sol los atrae como la mierda a las moscas... ¡y le quitan personalidad a nuestros pueblos y aldeas!

Se rieron. A menudo lo hacían. Se reían de casi todo: del mal tiempo, de la mala fortuna, de la economía, del Gobierno, de la política y de las desgracias.

De ellos mismos, sobre todo.

Carrillo siempre le decía que eso era lo que tenían, lo que les quedaba, la única arma de envergadura ante la adversidad —el humor—, y que por tanto debían utilizarla contra todo lo demás. Luisa estaba de acuerdo. Le parecía bien aquel recurso de sacar algo positivo a lo negativo. Hacía que, de repente, la lluvia o la niebla perennes no fueran tan molestas. Que, incluso, fueran productivas y útiles para empezar el día con inesperada energía.

—¿El Duque está despierto? —inquirió ella cuando subió los pocos escalones que conducían al umbral de la puerta.

—Y leyendo —respondió Carrillo.

—Cómo no —suspiró la mujer—. ¿Vienes?

—En un minuto —respondió él, desviando la mirada hacia los perros—. Voy a revisar la valla... no sea que estos se escapen.

—¿Y por qué iban a escapar de la comida y el calor?

Carillo se quedó pensando en una respuesta. Era una buena pregunta.

—Maniático, Jaime —precisó ella, anticipándose—. Se dice maniático.

No pudieron evitar unas carcajadas.

Luisa pasó a su lado y él escuchó cómo el ruido de sus zapatos se perdía hasta llegar a las escaleras que conducían a la planta de arriba. Nadie usaba el montacargas hidráulico salvo el Duque. Se había adaptado a sus necesidades y era el único que lo utilizaba. A veces él mismo buscaba humor en su propia condición y también hacía bromas sobre ello.

«Solo los que usamos las piernas de atrezo tenemos pase oficial para usar el montacargas. Es nuestro privilegio. Si alguien más quiere usarlo solo tiene que subir al piso superior por las escaleras y saltar por la ventana. Con un poco de suerte, también podrá tener el privilegio que yo tengo cada día para ir de una planta a otra».

Carrillo le había sugerido poner una barra de seguridad en el montacargas para evitar que pareciese una simple prolongación del suelo, pero el Duque siempre se había negado.

«Estimado amigo, aunque sé que hay niños que pueden meter los dedos en los enchufes o la mano en el hueco de un ascensor, si un adulto en alguna ocasión tiene un accidente en esto, que sube y baja a velocidad de tortuga, es que, simplemente, se lo merece. O que se lo busca para salir de este mundo antes de tiempo».

Entonces él no insistía. Sabía que tenía razón, pero aun así era consciente de que los accidentes también sucedían en los lugares más seguros.

Más inesperados.

La vida tenía esas cosas.

Jaime Carrillo se fijó en Han y Leia. Se les veía felices: corrían, jugaban y en ocasiones incluso parecían hablar. Era la consecuencia de llevar demasiados años viviendo con perros, porque entonces uno se daba cuenta de algo que pasaba desapercibido para la mayoría de la gente: aquellos animales no ladraban, sino que se expresaban en un lenguaje mucho más útil que el de las palabras. Más directo, al menos. No les importaba la niebla ni la humedad de aquella mañana. Disfrutaban. Y también lo hacía él viéndolos así.

Aún no llovía, pero no tardaría en hacerlo, y por eso Carrillo bajó las escaleras de la entrada y fue caminando hacia la valla del fondo, justo al lado de la puerta automática por la que acababa de entrar el coche de Luisa.

Aprovechó para respirar hondo. Trató de llenarse de oxígeno y de suplir el aparente cansancio de aquella mañana invernal. El aire frío le solía sentar bien.

Pero ahora lo notaba diferente.

Demasiado gélido, tal vez.

Supuso que estarían a cinco grados, o incluso algo menos, pero se sentía seguro con su abrigo, que le protegía bien el cuello y llegaba hasta más allá de las rodillas.

Entonces, cuando ya estaba llegando a la valla y se fijaba en que, como había supuesto, quedaba visible un pequeño hoyo en la tierra por el que, si escarbaban más, Han y Leia podrían escapar a los límites de la casa (aunque, como acertadamente había sugerido Luisa, no hubiera motivo para ello), tuvo una extraña sensación, quizá

producto de la inquietud y la zozobra, que le provocaba una desoladora certeza.

Había desperdiciado su vida.

De repente, todas las enseñanzas de sus padres para proseguir en un trabajo de dedicación casi absoluta al servicio doméstico, a la atención del señor que le pagaba puntualmente por su trabajo, quedaron en entredicho. ¿De dónde salía aquello? ¿Cómo surgía esa horrible angustia que, ahora, a sus sesenta y tantos años le guiaba por un desfiladero desconocido de oscuridad hasta descubrirse perdido y sin capacidad de redención?

Carrillo se detuvo.

Miró a un lado y a otro, como si buscara al responsable de meter aquella maldita idea en su cabeza. Decidió que un cigarrillo le ayudaría a pensar mejor, así que sacó un pitillo y se lo llevó a la boca. Tras encenderlo y dar la primera calada sintió una leve inyección de optimismo. Nunca podía fumar dentro de la casa. El Duque se lo tenía prohibido y él era obediente.

De hecho, se lo agradecía.

Eso había provocado que se redujese bastante su consumo de tabaco. Pero a veces era inevitable que volviese a su humeante compañía, como el que necesita escuchar la voz de un amigo cuando tiene un problema: quizá no le ayude de manera práctica, pero sí consiga que oriente la vista a una nueva perspectiva.

Eso esperaba del cigarrillo que había encendido aquella fría mañana. Y, por un momento, se sintió mejor: pensó que los perros nunca escaparían por aquel agujero

y que él había llevado una buena vida, con sus satisfacciones y decepciones, con sus alegrías y tristezas.

Como todo el mundo, se consoló.

Y aunque supiese que aquello no era cierto, porque había gente que nunca salía de una vida oscura y otra que se eternizaba en la vida luminosa, eso le recordó épocas pasadas, cuando aquella gran casa había acogido al señor Duque, por supuesto, pero también a su esposa e hijos. Comprobaba en el recuerdo, inesperadamente claro en mitad de la niebla meteorológica y el humo del tabaco, que se habían sucedido las generaciones sin que se hubiese producido ningún cambio... porque allí seguía él, soltero y sin hijos. Pero ¿acaso ansiaba una vida diferente a la que había tenido?

Era ese miedo el que ahora se filtraba por su piel, agitaba su viejo corazón y tambaleaba la solidez de sus valores.

En un mundo inimaginable cuando él había sido niño, donde ahora ya no entendía la mitad de los artefactos tecnológicos que se usaban, bastante tenía con tratar de manejar con solvencia su teléfono móvil que, con más frecuencia de la deseada, se le antojaba como un invento del demonio cuya única finalidad era distraer al ser humano de su trágico destino en el universo.

—La nada —murmuró para sí mismo con cierta tranquilidad después de encender el cigarrillo, que había ahuyentado los fantasmas surgidos de su cabeza, pero con la misma sensación de ahogo con la que se había levantado.

Porque, aunque el destino fuera la oscuridad, el olvido y la nada, aún quedaba la vida, pensaba Carrillo,

aquel minúsculo accidente cósmico. Aún quedaba algún tiempo en el que hacer cosas, tal vez trabajar, equivocarse o amar, cosas que quizá no tuvieran el *glamour* ni el eco de lo que mostraban las pantallas de aquellos teléfonos móviles o esas redes sociales, como Instagram, Twitter o Facebook, por las que a veces asomaba la cabeza con curiosidad y asombro, pero al menos las suyas eran experiencias, vividas y vívidas, buenas y malas, propias y de nadie más, y él sabía que aquello era importante, aunque no quedaran reflejadas en el mundo virtual.

Pero entonces ¿por qué tenía aquel pensamiento pesimista y agorero? ¿Acaso porque, debido a su oficio, uno en el que se veía como *el último de su estirpe*, había contemplado el mundo de lejos? ¿Al ser un trabajo exigente, con pocas vacaciones, y siempre al servicio de una familia, guardaba rencor por no haber podido formar la suya propia? ¿Había sido su profesión como ese teléfono móvil de última generación al que se conectaban los más jóvenes y los enajenaban de la realidad, con una extraña energía hipnótica que parecía absorber voluntades?

Jaime Carrillo dio una gran calada, después tiró el cigarrillo y lo aplastó a conciencia.

No, no le había ayudado a respirar mejor, pero sí le había permitido pensar con más claridad: su vida podía haber sido mejor, pero también peor, y por eso consideró que no debía quejarse y maldecir su suerte. Al fin y al cabo, había trabajado para una buena familia, honrada y amable.

Carrillo trató una vez más de respirar hondo y se sintió aliviado al hacerlo, pero justo después sufrió un leve mareo.

El frío, pensó.

Se apoyó en la valla que había junto a la cancela automática de doble puerta por la que había entrado el coche de Luisa Pereira minutos antes. Volvió a respirar hondo y entonces se fijó en Leia y Han. Ladraban. Pero... ¿por qué?

Entonces se dio cuenta.

Ladraban porque él *ya estaba en el suelo*.

Se había mareado, había permanecido inconsciente durante un solo segundo y por eso no se había dado cuenta de la caída. No había presenciado su propio impacto contra la superficie, pero ahora ya notaba la humedad de la tierra y el césped sobre su rostro, y emergía de manera progresiva un dolor en el lado izquierdo de su cuerpo, en el brazo especialmente.

Los perros seguían ladrando, y lo hacían porque le querían, y ahora, al verlo sobre la hierba húmeda, sabían que estaba en problemas.

Y graves, concluyó Carrillo.

Trató de gritar, pero no pudo porque, entonces se dio cuenta, no podía articular palabras ni casi mover su cuerpo. ¿Qué demonios le estaba pasando? ¿Iba a ser ese su final? ¿Tumbado sobre la hierba, envuelto en la humedad y la niebla y los perros como únicos espectadores?

Intentó mantener la calma y consolarse suponiendo que Luisa bajaría pronto al ver lo que estaba sucediendo y le ayudaría. Pero al momento supo dos cosas: primero, que desde la ventana del piso superior donde estaba el dormitorio del Duque, la niebla le impediría ver donde había caído él; y segundo, que, aunque lo hiciese, los ser-

vicios de urgencias tardarían en el mejor de los casos veinticinco o treinta minutos en llegar.

Y para entonces todo habría concluido.

Siempre había querido viajar, sí, pero no hacia aquel destino sin equipaje ni billete de regreso.

CAPÍTULO 1

MADRID, 1837

MARIANO SE DEJÓ CAER EN LA CAMA DE SU DORMITORIO con frustración pero se consoló pensando que aquel momento pasaría, igual que antes habían pasado otros, y que entonces recuperaría el espíritu y la energía para escribir algo decente: tal vez retomar alguno de sus seudónimos y elaborar más artículos —ya hacía demasiado tiempo del último, centrado en el *delirio filosófico* entre su criado y él mismo—, quizá una obra de teatro o, incluso, armarse de valor y lanzarse a la construcción de otra novela histórica.

«Lunático, imprudente, osado», pensó.

La visión lisa del techo, en cambio, sin distracciones ni rugosidades que alteraran la linealidad de aquellos posibles objetivos, le reconfortaba y le llevaba a pensar que sí era posible, y entonces un súbito aliento de ánimo le hacía incorporarse de la cama. Recordaba, incluso, los viajes a los que de niño se había visto obligado por el oficio de su padre, desde la estancia forzo-

sa en Francia, hasta el regreso a Madrid, donde había nacido, y el paso posterior por diferentes poblaciones como Corella, Cáceres o Aranda de Duero, hasta llegar a Valladolid, donde empezaría unos estudios que después iba a abandonar para, de nuevo, recalar en la capital; sin embargo, se quedaba con su reciente estancia en París, donde había coincidido con escritores como Alejandro Dumas o Victor Hugo. Eran momentos de su vida, todos interesantes por diferentes motivos, y que guardaba con cariño en su memoria.

Pero justo a continuación su vista caía al suelo, sobre la solería de azulejos que formaban una madeja de figuras geométricas en diferentes colores, y le hacían regresar al laberinto de su vida y su pesimismo poliédrico.

Era consciente de sus fracasos. De la abigarrada oscuridad de su futuro. No podía engañarse. Ni siquiera desde la atalaya de sus veintisiete años.

Sin embargo, pensó, su suerte iba a cambiar. Sonrió levemente. Y recordó el porqué de aquel arrebató de encendido optimismo.

La visita.

Eso era. Aquella misma tarde. Quizá cuando la luz del sol ya hubiese desaparecido y las penumbras empezaran a crecer y se hicieran dueñas junto al frío del callejero madrileño.

Y por eso, por la visita que habría de llegar, descartó la desesperanza que la solería, arrogante y visceral, se empecinaba en derramar sobre su ánimo.

De repente, alguien golpeó la puerta de su piso.

¿Tan pronto?

El corazón de Mariano elevó su ritmo al tiempo que se levantaba y se apresuraba hacia la entrada de su hogar, con el ánimo escalando más y más posiciones. ¿Podría ser? ¿Se anticiparía a lo acordado? ¿Sería que el amor de ella se entregaba por fin y confirmaba la pasión que había surgido entre ambos hace años? ¿Era aquello la continuación de la historia más romántica jamás conocida? Se frenó un momento antes de abrir, tomó aire, recuperó la tranquilidad, al menos lo intentó, y después abrió la puerta.

—Buenas tardes, espero no importarle.

Mariano trató de contener el rostro de absoluta decepción al contemplar a una persona que no era la que esperaba: se trataba de una joven mujer con el pelo largo y oscuro, de ojos sosegados y tristes.

—Me esperan abajo —continuó ella—, así que solo le voy a robar un minuto de su tiempo.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Gertrudis, y tengo una pregunta que hacerle.

—¿Y ese acento? —Mariano había captado con claridad que no era de Madrid.

—Mi acento no tiene mayor importancia —respondió ella con firmeza—. Lo que sí importa es que no voy a estar mucho tiempo en Madrid.

—Madrid no es una ciudad para pasar rápido.

—Lo sé... y por eso algún día volveré.

Mariano asintió y tuvo ganas de decirle muchas cosas, pero no tenía ni el ánimo ni el tiempo.

—¿Cuál era la pregunta? —inquirió.

—Verá, usted no me conoce, pero tenemos amigos comunes, o, mejor dicho, los tendremos —continuó aquella aparición en el umbral de su puerta—. Y sé que el horario del escritor es siempre el mismo, el de la luz del sol y el reflejo de la luna, y por eso no deseo molestarle más de lo necesario...

—Así que sabe que escribo —interrumpió Mariano, que empezaba a impacientarse, a pesar de las palabras nobles de la chica.

—Todo el mundo sabe quién es usted —afirmó ella, rotunda.

—Tenía una pregunta que hacerme, ¿cierto? —dijo Mariano, esforzándose por hacer que su rostro no pareciese demasiado severo, y tratando de reconducir aquella extraña situación.

La joven comprendió.

—Como decía, sé que tiene poco tiempo, por supuesto —comentó, con cierta habilidad al elegir sus palabras—. Entiendo que la labor de creación y análisis cierto, como usted hace en sus obras y artículos, le exige un trabajo denodado que...

—¿Viene de Cuba? —le interrumpió Mariano.

La chica esbozó una expresión seria.

—De donde venga, da igual; lo importante es adonde voy —respondió Gertrudis.

Mariano empequeñeció los ojos. Era su manera de mostrar cierta admiración.

—¿Y hacia dónde va, joven?

—Tan pronto salga de aquí, de regreso al norte.

—¿Y, digamos, a medio plazo?

—De nuevo a Madrid.

—¿Y su alma?

—¿Hacia dónde va mi alma?

Mariano hizo un gesto de afirmación.

—Como usted misma ha dicho, Gertrudis, lo importante es a dónde se va.

—Al futuro —afirmó ella—. Y, afinando el destino, le puedo decir que mi intención es llegar hacia donde todavía no hemos llegado.

Él se quedó pensativo, tratando de dilucidar a qué se refería.

—¿Adonde no ha llegado el hombre?

—Las mujeres —le corrigió, de nuevo firme y seria.

Mariano trató de reencontrarse en aquella conversación, producto de una situación inesperada. Quizá era culpa suya, ya que después de invitarla a que le hiciera la pregunta que tenía guardada, había sido él mismo el que no había parado de generar una cuestión tras otra.

—Interesante —dijo, mientras trataba de decir algo más productivo—. Así que... usted es una mujer, ¿cómo diríamos? ¿Avanzada a su tiempo?

—Señor Larra, soy una mujer que, desde luego, mira con esperanza el futuro —afirmó de manera contundente—. Una mujer que sabe que hay mucho por hacer.

Mariano empezaba a sentirse incómodo.

—Pues si me permite usted decirlo, su expresión afable y sus ojos sosegados no se corresponden con la autoridad y firmeza que desprende su discurso —concluyó.

—¿Es eso una crítica?

—No acostumbro a criticar a quien no conozco, señorita —dijo—. Es más bien la constatación de una impresión mía, personal, y, por tanto, subjetiva. En cualquier caso, me alegro de su noble propósito para el futuro y espero que...

—Y soy escritora —le interrumpió Gertrudis de nuevo.

Una mujer escritora, no era la única pero tampoco abundaban, pensó Mariano. En cualquier caso, no iba a ser él quien pusiera pegas a que ella osara adentrarse en el tortuoso camino de las letras.

—Y quiere un consejo, claro —afirmó el que vivía en el tercer piso de la calle Santa Clara, número 3, a un costado del Teatro Real, cerca de la plaza de Ramales.

La joven no salía de su asombro.

—¿Y por qué iba a querer un consejo de usted? —preguntó ella.

Mariano se mordió el labio. Era como si estuviese buscando la salida de un laberinto y no hiciese más que darse de bruces con paredes que se lo impedían.

—¿Acaso no tenía una pregunta?

—Y la tengo.

—Bien, pues —Mariano no deseaba enredarse más en la conversación, no en aquel momento, aunque en otro habría disfrutado del intercambio de impresiones e ideas con aquella joven escritora que no vivía en Madrid, que debía regresar al norte, quizá porque casi parecía que se hubiese escapado hasta allí de incógnito, pero que, según ella misma, terminaría de nuevo en la capital—... Soy todo oídos.

Gertrudis hizo un pequeño gesto con la cabeza, como si asumiera que era su momento, el que le había llevado hasta allí después de un fatigoso viaje que habría de repetirse en sentido contrario.

—Muchas gracias, señor Larra —dijo ella—. Verá, como le he dicho, soy escritora y mi intención es llegar con la escritura, como mujer, a lugares donde aún no hemos llegado. Por eso, evidentemente, no voy a solicitar el consejo de un hombre. Pero supongo que usted, como escritor, sí facilita consejos a otros escritores, hombres también, que tratan de abrirse paso en la selva de las letras.

«Selva de las letras», pensó Mariano. Era una buena metáfora.

—Pero, aunque no quiero el consejo para mí, sí me interesa saber qué consejos facilita a los jóvenes escritores que acuden a su puerta o conoce en eventos literarios.

Mariano asintió. Comprendía su posición y le parecía adecuada e inteligente respecto a lo que previamente había planteado. Aun así, estaba inquieto y no deseaba alargar más aquella situación. Esperaba una visita, la más importante de todas, y anhelaba estar solo cuando sucediera.

—Vamos a hacer una cosa —dijo él, con energía y ánimo renovado—. Creo que será ilustrativa. Imaginemos... imaginemos que usted no está en el umbral de mi puerta.

—¿No lo estoy?

—No. Porque vamos a imaginar que usted, en lugar de ser una joven escritora, es un joven escritor. Y, ahora, le voy a indicar lo que le diría.

Gertrudis asintió con sumo interés.

—Verá, joven escritor —Mariano empezaba con lo que se había propuesto—, necesito que haga tres cosas muy importantes. ¿Me ha escuchado?

—Tres cosas —respondió ella, agravando ligeramente la voz, también metida en su nuevo rol—. Y muy importantes.

—Eso es.

—Tres cosas muy importantes que tengo que hacer —afirmó Gertrudis con rotundidad, ahora transmutada en ese joven escritor.

—Alumno aplicado —comentó Mariano—. Admirable.

—Muchas gracias, señor.

—Vamos allá: primero, necesito que se vaya de aquí rápidamente... justo como si le persiguiera el mismísimo diablo; segundo, a partir de hoy usted ha de mirar el mundo con los ojos de un halcón y el corazón de un niño; y tercero, la próxima vez que las musas le tienten para coger la pluma y crear una historia, escribirá con el único alimento que entiende la literatura.

Ella seguía metida en su papel, mirando con atención y siguiendo con interés sus palabras.

—Con la honestidad de un alma pura —concluyó Mariano, que veía los ojos de Gertrudis con el brillo propio de los que tienen mucho que contar—. Mire, le seré sincero, me han pedido consejos antes —continuó, recordando otras veces, especialmente una ocasión muy cercana que aún estaba anclada en su memoria y que, en cierto modo, le entristecía—, pero este es el mejor que he dado, así que espero que le sea útil.

Gertrudis afirmó con la cabeza y abandonó el rol asignado de escritor.

—Muchas gracias, señor Larra —dijo, y empezó a retroceder—. Espero que en el futuro volvamos a coincidir.

—Suerte, joven amiga —exclamó él—. Y mucho éxito en su... valerosa iniciativa. —Mariano apreciaba aquella voz, diferente, arriesgada y, según sus propias palabras, a punto de embarcarse en una gran aventura.

Ella se detuvo por última vez. Sus ojos sosegados y tristes lo miraron directamente, y entonces él tuvo la sensación de que en realidad no eran tristes, sino alegres, y que él los había calificado así por su propio estado de ánimo.

—La grandeza de una iniciativa no siempre garantiza el éxito, pero al menos sí la gloria —concluyó Gertrudis, y se perdió escaleras abajo al tiempo que Mariano cerraba la puerta.

Hacía frío, o eso le parecía, aunque en el fondo sospechaba que el frío no procedía del invierno madrileño, sino de su desencanto con el mundo, con su propio país, y su política, con su propia vida, y sus frustraciones amorosas. Aquel era el peor frío de todos, el único para el que no existía un abrigo lo suficientemente grueso u hoguera lo bastante grande. Contra aquello, para luchar contra el peor de los inviernos, solo había una solución, y era una solución con la forma de la mujer que lo visitaría aquella tarde.

Y eso le recordó que le había dicho a la chica que mirara con los ojos de un halcón y el corazón de un niño, pero olvidado decirle algo aún más importante.

Debía tener mucho cuidado para no acabar ciega y con el corazón roto.